

Cuento de Beatriz

(Publicado como “Historia de Beatriz” en Magnífica Víbora de las Formas, Grupo AJEC, Colección Albemuth Bolsillo nº 17, Noviembre 2007)

El cuento de Beatriz comienza cuando soñó por primera vez con las Víboras de las Formas. Eso fue después de que el planeta Tierra fuera cubierto completamente por la Telaraña (ella, por supuesto, no las llamaba Víboras de las Formas; ningún ser humano lo había hecho así jamás).

Algunos contaban que la Telaraña había sido construida de metal y luz. Metal extraído de remotos planetas y luz eterna traída de distantes soles, aunque ella no sabía si creerlo. De día era indistinguible a simple vista. En el cielo nocturno, sin embargo, se cernía una nueva constelación inmensa sobre el mundo, iluminada gradualmente por el crepúsculo: un entramado de estrellas y rayos efímeros iban trazando su red perfecta sobre el manto de la noche, hasta que la luz del sol ya oculto por el planeta se tornaba demasiado oblicua.

Otros contaban que la Telaraña había sido construida por máquinas; ni por seres humanos ni con la intervención de seres humanos. Beatriz se estremecía cada vez que pensaba en ello, ya que ninguna máquina que hubiera sido creada alguna vez era suficientemente lista para eso.

También había quien contaba que la Telaraña había sido construida para encarcelar a las personas.

Sí, la gente contaba cosas que le hacían sentir miedo. Algunas las habían puesto en la luzfera hace tiempo; la mayoría se las había contado su padre antes de que el Departamento se colapsara en todo el mundo, la luzfera se desactivara, y él se quedara sin trabajo (después de eso no había habido más cuentos, sólo saludos y despedidas: «buenos días», «buenas noches», cada vez que se tropezaban al amanecer o iban a acostarse. En los últimos días casi se había olvidado de que los dos vivían en el tronco del mismo arbolar).

Lo que no era ningún cuento era que la comida escaseaba, puesto que cuando se construyó la Telaraña también había sido destruido el Ascensor de Asgard y casi todos los Puertos, y los nudos de fabricación y las Raíces Savia que llegaban a cada arbolar estaban atrofiadas, rotas o vacías. De vez en cuando su padre tenía que ir a buscar fuera. Una vez la había sacado de paseo y le había enseñado algunos sitios en los que unas máquinas extrañas que nadie sabía cómo habían llegado parecían dar paquetes de alimentos. Tener que ir a buscar comida en vez de que fluyera por las Raíces Savia le producía un nudo en la garganta; era algo misterioso y lleno de peligros y cosas desconocidas. Pero su padre

siempre se apañaba para regresar con los paquetes. Mientras, el agua sí seguía manando de cualquier pared del arbolar a una orden suya. Eso era de agradecer.

La primera vez que Beatriz tuvo pesadillas con las Víboras fue corriendo a buscar a su padre para contárselo, pero luego se detuvo. Se le ocurrió que no estaba bien haber caído en la cuenta de la existencia de su padre sólo porque estaba terriblemente asustada y necesitaba que la consolara. Al fin, el miedo fue mayor que el remordimiento, así que terminó acercándose al umbral de la habitación con cierta determinación. Por la ventana se podía observar el cielo. Ya no se veía la Telaraña: estaba bien avanzada la madrugada.

Su padre no estaba. Beatriz entró y rebuscó entre las sábanas y también miró bajo la cama (luego se sintió tonta porque su padre era grande y habría abultado, sin duda). Tembló un poco y recorrió el resto de habitaciones.

Nada.

Quizás hubiera vuelto a salir a buscar más comida. Aunque le había dado las buenas noches como siempre antes de acostarse y aún tenían algún trozo de preparado en el conservador.

—¿Dónde está papá?

—No en casa.

La voz monótona del arbolar rebotando por las habitaciones quietas y oscuras le provocó un escalofrío por todo el cuerpo. Desde que había perdido las raíces que tocaban la luzfera se había vuelto triste y temblona, y a veces decía cosas absurdas. Le entraron unas ganas locas de desconectarlo, pero no sabía cómo.

No quiso regresar a su habitación. Sentía cómo las sombras de las Víboras de la pesadilla aguardaban en los rincones de su cabeza, agitándose y esperándola con miradas de ansia y malas intenciones. No podía dormirse otra vez: saldrían de sus escondites y la encontrarían en un santiamén.

Así que se sentó, le pidió a las paredes que se encendieran un poquito, y decidió pasar la noche despierta.

El sol que se reconducía por el techo le calentó la cara. Era incómodo y comenzó a sudar, y se despertó.

En primer lugar se alegró mucho de que fuera otra vez de día: no podía tener pesadillas de día. Luego se levantó y volvió a recorrer las habitaciones en busca de su padre, pero

todas seguían vacías.

—Qué aburrimiento —resopló, a lo que el arbolar no se molestó en contestar.

Lo primero que hacía todos los días era lavarse bien, porque era una niña muy limpia (lo llevaba a gala a pesar de que su padre le prestaba ya muy poca atención a eso), y después tomar algo frío. No mucho, porque había que ahorrar provisiones. Luego dibujaba en las paredes blandas, construía algún juguete con la pasta gestalt, se inventaba canciones, hacía carreras o miraba el paisaje desde la ventana redonda clasificando los arboles por colores y alturas.

Un rato después el sol aún no se había alzado del todo. Siempre le había parecido muy raro que hiciese visible a la Telaraña sólo por la noche, así que buscó en el cielo algún reflejo luminoso de la inmensa cárcel. Creyó ver un trozo de arco destellando durante un instante. Se rió.

Un golpe en la entrada.

Se asustó, porque el arbolar no había avisado de que hubiera alguien allí y porque había sentido el suelo temblar. Luego pensó que eran imaginaciones suyas, que seguramente sería su padre que vendría muy cargado y que el arbolar estaba ya en las últimas, imposible fiarse de él.

Corrió excitada y le ordenó a la pared que se abriera.

La pared se encogió. Y ella no pudo ahogar del todo un grito.

No era su padre, sino una figura altísima y corpulenta, de formas suaves, la que se recortaba contra el hueco de ascensión. Tenía dos piernas, dos brazos, un grueso torso del tamaño de un hombre y una cabeza.

Era un robot.

No vestía ropa alguna. Su superficie entera era negra y brillante como el azabache (ella había modelado figuras de azabache con el gestalt muchas veces), sin juntas, pero con algunas líneas rojas a modo de arañazos brillantes. No tenía rostro ni ojos ni nariz ni boca ni orejas. Sin embargo no tuvo problema alguno para decir:

—Busco al Ingeniero.

Al principio Beatriz no supo a quién se refería, pues había quedado medio hipnotizada por esa voz. No era desagradable, ni tenía las pausas que se notaban en la voz de cualquier robot (había jugado a contarlas alguna vez con los podadores); era profunda y cálida, y le gustó.

—Siento haberte gritado —le dijo.

El robot gigante no le contestó. Se sintió entonces un poco tonta porque los robots no podían ofenderse.

—Mi padre no está en casa, robot —respondió cuando al fin cayó en la cuenta de a quién se refería la máquina—. Si quieres dejarle un recado...

La cabeza del androide se giró a uno y otro lado, como buscando algo. *Ya estamos, ahora no sabe qué hacer*, pensó. Con desgana le dijo:

—Mejor que vengas mañana. Casi seguro que está aquí entonces.

Pero la máquina no se fue. Ni siquiera aparentó haberla entendido. En lugar de eso la cogió por la muñeca. Fue algo muy rápido, sin sonido, aunque delicado al mismo tiempo. Ella no se dio cuenta de que no podía moverse hasta un rato después.

—Suéltame —le ordenó entonces con la misma paciencia que emplearía con un juguete al que pudiera acunar entre sus brazos. Pero el robot no la obedeció, lo cual le extrañó bastante. En lugar de eso, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Beatriz.

No estaba segura de si la entendía porque no había manera de saber hacia dónde estaba mirando. Pero por algún motivo no conseguía enfadarse con la máquina. A fin de cuentas era alguien con quien podía hablar.

—¿Estás sola?

Asintió.

—Pobrecita —dijo el robot.

Eso sí que la sorprendió.

Se quedó mirando su pequeña muñeca atrapada en la manaza fría y negra, totalmente cohibida, como si le hubiera hablado de repente un adulto.

—¿Quieres que pase a hacerte compañía?

—Bueno —con la cabeza gacha.

El robot le soltó la muñeca y dejó que ella entrara delante. La pared se cerró.

—Qué hogar tan precioso —continuó la máquina amablemente, muy encorvada porque era demasiado alta para aquel techo.

—¿Eres un robot niñera o algo así? —preguntó Beatriz al fin.

—Algo así.

Ah. Seguramente su padre lo habría enviado porque iba a buscar más comida. Sí, sería eso. No habría encontrado un robot corriente porque últimamente había problemas para encontrar casi cualquier cosa, y en su lugar había mandado a aquel armatoste.

—¿Quieres jugar? —le dijo.

—Eso será estupendo —replicó el robot.

Y se sentaron los dos en la habitación de juegos, frente a frente con las piernas

entrecruzadas, durante un largo rato; y primero Beatriz propuso, pero luego la máquina le enseñó algunos juegos muy antiguos a los que Beatriz no había jugado nunca y que le encantaron. Echaron varias partidas al Parchís, menos a las Damas, que le pareció muy aburrido, y más al Senet, y probaron el Juego Real de Ur, y uno cuyo nombre le hizo mucha gracia sin saber bien por qué: el de los Nueve Hombres de Morris. El robot le enseñaba palabras raras que se aplicaban en esos juegos, como “enemigo”, “traidor” o “estrategia”. Modelaban los tableros y las piezas en un santiamén con la pasta gestalt y luego les ordenaban de viva voz que se endurecieran. Cuando se cansaban los deshacían para construir más. A Beatriz las piezas del Senet le quedaron mal a pesar de intentar hacer sólo conos y bolitas, y se quejó de que el robot fuera capaz de tornearlas perfectamente con sus dedos sin uñas, pero tampoco se enfadó por eso porque a fin de cuentas aquel robot demostraba saber muchas, muchas cosas, y le parecía que era justo tratarlo con respeto.

—Eres una niña muy inteligente, Beatriz —le dijo el robot mientras retiraba su último peón y ganaba la partida.

—Y tú... ¿Cómo te llamas?

—¿Quieres ponerme un nombre?

Beatriz pensó durante unos momentos, y luego dijo, riéndose:

—Serás Morris, ¿vale? Y cuando te llame subirás al arbolar a jugar, y no debes dejar que nadie más te llame con ese nombre, sólo puedo yo.

—Gracias por el nombre —dijo el robot después de un instante de silencio. Se inclinó un poco y pasó un dedo por la frente de Beatriz, que llevaba un rato soplándose para apartarse el flequillo que le hacía cosquillas—. Allá arriba no usamos.

Beatriz hizo un mohín, confusa. ¿Arriba? Morris señaló con el dedo índice a la ventana que daba al exterior, en un ángulo muy pronunciado. Entonces ella dio un grito de sorpresa llevándose las manos a la boca.

—¡Vienes del cielo!

Y se volvió a reír, pero esta vez mucho. Hasta que se le pasó la risa porque recordó las historias que contaban y entendió que había parte de verdad en ellas.

—¿Construisteis la Telaraña para encerrar a todas las personas, Morris? —preguntó con asombro. Luego se irguió un poco y añadió, más seria: —Debes contestarme, robot.

—¿No prefieres jugar un poco más?

—No, quiero que me contestes.

—No fue para encerraros, sino para cuidaros de... algunas cosas malas.

Beatriz se sintió aliviada. Le caía bien aquella máquina.

De repente le dio la impresión de que habían pasado horas allí jugando.

—Tengo hambre.

Y se levantó y fue a ordenarle a una pared que le preparara algo, porque hacía mucho que el arbolar no era capaz de llevarle las cosas que le pedía allá donde ella estuviera. Morris se quedó sentado, muy quieto. Quizás se había enfadado por no jugar más.

—Ven, Beatriz —llamó de repente—. Está comenzando a oscurecer. —Ella acudió corriendo, aún con los carrillos llenos de comida.

Se asomó de puntillas y Morris permaneció sentado en el suelo con la cabeza negra a la altura de la ventana. El cielo se estaba poniendo rosa y naranja y se reflejaba en las copas de los arboles más bajos, pero sobre todo en la panza de las nubes, y cada vez era más rosa y más naranja, aunque comenzaba a volverse rápidamente morado en el horizonte.

—Qué bonito —dijo Beatriz en voz baja, casi suspirando.

—Sí —dijo Morris.

—¡Mira! ¡Allí brilla la Telaraña! —gritó Beatriz.

Los primeros destellos surgieron muy alto. Al principio eran unas pocas cruces que luego brillaron más, hasta convertirse en pequeñas estrellas, y luego la luz reflejada comenzó a viajar sobre los hilos de la red encontrando otras cruces y extendiéndose hacia el horizonte. *¡Ya se va yendo aquella!*, gritaba ella cuando las primeras estrellas iban desapareciendo una a una. *Sí, o Es verdad, o Tienes muy buena vista*, le contestaba suavemente Morris, que parecía igualmente ensimismado. Y cuando la Telaraña estuvo iluminada lo más que podía estarlo, el robot dijo solemnemente:

—Ahora comenzará a palpar. Hoy es la primera noche que lo hace.

—¿Cómo palpa la Telaraña? —se volvió Beatriz, intrigada.

—Por dentro, sin que se note. Así. —Morris posó una mano en el pecho de ella con sumo cuidado.

Pasó el crepúsculo, desapareció la Telaraña, Beatriz comenzó a bostezar y Morris le permitió contemplar la noche acurrucada en sus brazos mientras le explicaba cómo se llamaban las verdaderas estrellas, las muy, muy lejanas que por lo visto él había visitado. Ella se durmió en seguida. La Luna iluminó la figura perfectamente inmóvil del robot durante horas y horas y horas.

—Mmmm... Hola —sonrió Beatriz al despertar, con la voz un poco pastosa. Morris movió lentamente los brazos y la depositó delante de él, arreglándole un poco las ropas arrugadas.

—¿Dormiste bien? —le preguntó.

—Estupendamente... ¡No tuve pesadillas!

—Eso está genial. Ve a comer un poco.

Beatriz fue a buscar comida, pero antes se lavó bien la cara para despertarse del todo. Cuando volvió estaba realmente radiante.

—¿Jugaremos hoy también, Morris? ¡Me tienes que enseñar más! ¡Estaremos todo el día jugando! Y luego, cuando anochezca, me volverás a hablar sobre las estrellas. ¿De qué estrella vienes? ¿Cómo has viajado hasta aquí? ¿Construiste tú solo la Telaraña?

Morris no podía sonreír y eso estaba bien, porque así Beatriz le otorgaba ese gesto cuando le parecía, como ahora.

—En realidad no he venido para jugar —dijo él.

Beatriz se quedó seria de repente. Estaba muy contenta de tener un amigo, es más, un amigo que nadie más podía tener. ¡Un robot que había bajado desde la Telaraña! Quería jugar con él, que le cuidara como había hecho hasta entonces, que le enseñara todas las cosas antiguas y divertidas que sabía. Y así para siempre, o al menos, hasta que se hiciera mayor y le pusieran el ángel en el cuello, que era casi lo mismo. Morris era un regalo maravilloso, aunque le intrigara un poco de quién y por qué.

—Pero debes quedarte para cuidarme —insistió—. Hasta que me pongan el ángel.

—¿El ángel?

—Sí, te lo ponen dentro del cuello cuando eres mayor, y él te cuida para que nunca te pongas malo ni te pase nada.

—Entiendo. Le has puesto un bonito nombre a una cosa muy complicada, Beatriz, pero me gusta. Lo recordaré. Y ahora, olvidemos el ángel un rato.

—¡Sí! Quiero jugar, Morris. Tú conoces muchos juegos... —insistió Beatriz, a la vez que le obedecía.

—Sé muchas cosas de vosotros. Las aprendimos antes de huir de este mundo, hace mucho tiempo.

Beatriz no entendió eso, y odiaba no entender porque la hacía sentirse tonta.

—No lo puedes comprender, Beatriz, porque eres muy pequeña. Pero no pasa nada. Basta con que tengas buena memoria para recordarlo cuando seas mayor.

Beatriz no sentía que la cosa estuviera bien.

—Yo quiero jugar... ¡Y todos los robots deben obedecer a las personas! —dijo con la cara arrugada.

—De acuerdo. Te propondré un nuevo juego. ¿Quieres que vayamos a buscar a tu padre? Él sabe muchas cosas que nadie más sabe, como yo. Es de los pocos que quedan que pueden construir cohetes y conocen cómo salir de este planeta. Así que me gustaría encontrarle.

Ella no contestó. Se había vuelto a olvidar de su padre. Volvió a sentir un nudo en la

garganta.

—Sí, si quieres... —murmuró con la secreta esperanza de que Morris no la oyera y dejara de hablar de eso.

—Estupendo. Pero sabes que es peligroso salir ahí fuera.

—Tú me cuidarás.

—Ven, acércate.

Una mano del robot cubrió el hombro entero de Beatriz, llevándola hasta muy cerca de él. Ella dobló el cuello hacia arriba, pero apenas veía la cabeza lisa y negra, tan lejana a pesar de estar encorvado para no chocar con el techo.

—Me haces daño.

Morris no dijo nada ni retiró la mano de su hombro ni apretó con menos fuerza, pero sí se encorvó más agachándose sobre el pequeño cuerpo de Beatriz, hasta casi tocarle el pelo con una de las líneas rojas que cruzaban su torso.

—Me haces daño —repitió Beatriz, un poco asustada.

—Quiero que entiendas una cosa. Una cosa difícil.

Beatriz se quedó callada. Estaba nerviosa.

—Beatriz, es muy importante que vayamos a buscar a tu padre. ¿Sabes ir hasta donde está tu padre?

—Bueno... creo... busca comida en donde están las máquinas raras... Sí... Me llevó una vez. Se gira a la izquierda en el parque y luego donde los arbolares rojos, y entonces se va hacia uno muy alto y seco y...

—Entiendo.

Pero Beatriz se sentía cada vez más tonta porque creía que se acordaba de cómo ir (¡su padre la había llevado allí una vez!) pero resultaba que no. O que no sabía explicarlo.

—No te preocupes, Beatriz. Hay una solución a eso. Jugaremos a un juego especial, pero quiero que sepas una cosa antes de jugar a ese juego.

La mano no se apartaba del hombro de Beatriz. Ella comenzó a llorar, sin saber muy bien si era porque le dolía o porque no había sabido ayudar a su amigo.

—Quiero que sepas —continuó Morris—... que quizás a los demás no les guste lo que vas a hacer.

Beatriz tragó saliva.

—Ni a ti cuando seas mayor. Ni a algunos mayores ahora. Quizás alguno se enfade. Quizás te llamen cosas feas por ayudarme a encontrar a tu padre.

—No soy fea.

—Pero ellos te llamarán cosas, porque son tiempos revueltos y tendrán rabia.

—¿Me llamarán tonta?

—Puede ser. O palabras que te enseñé ayer, como enemiga o traidora.

—¿Es eso parte de este juego?

—Me temo que eso no se acabará cuando se acabe el juego, Beatriz. Y puede... puede que cuando crezcas, me odies mucho.

Entonces la mano grande y dura se apartó del hombro y recogió con delicadeza una lágrima que resbalaba por la mejilla de ella. Y luego recogió otra. Y otra. Y Morris parecía no cansarse de secarle las lágrimas; seguramente era capaz de esperar allí hasta que ya no hubiera más, aunque fueran un millón.

—No creo que te odie —dijo Beatriz por fin, al entender eso, aunque no había entendido casi nada de lo de antes.

—No pasa nada, puedes odiarme. Pero no quiero que te enfades contigo. Y si alguien te trata mal por esto, quiero que lo comprendas y le perdones, porque las personas estáis pasándolo mal ahora por la Telaraña y no podéis evitarlo, ¿de acuerdo? ¿Recordarás eso?

—Lo recordaré. Tengo buena memoria.

—Muy bien. Ahora cierra los ojos.

Y los dedos de Morris se dispararon hacia el cuello de Beatriz.

Cuando despertó, lo primero que vio fue la luz del sol dividida en manchas de colores que giraban desordenadas alrededor suya, y se sintió muy mareada. Intentó sentarse y acurrucarse, achicar así su mundo para que todo eso se le pasara, pero el cuerpo no la obedeció. Lo más terrible vino el darse cuenta de que no sabía muy bien cómo hacer los movimientos... parecía que se le habían olvidado.

Después de un rato concluyó que había algo muy extraño en su cuerpo.

Veía todo, en todas direcciones. Todo a la vez, no sólo lo que tenía delante. Además, lo veía desde más alto que su propia cabeza.

No se notaba el cuerpo. Es decir, veía y oía, pero no sentía ni los brazos, ni las piernas, ni la barriga quejándose de hambre como era habitual.

—No tengas miedo, Beatriz —le dijo una voz cercana cuando ella se hallaba concentrada en hacer algo con sus manos y sus piernas, porque si no trataba de moverse le entraba angustia y se sentía con ganas de vomitar. No se molestó en buscar quién le había hablado porque no sabía cómo podía hacerlo.

Durante un instante vio moverse hacia arriba una mano que le colgaba donde tendría su costado, pero pronto la invadió la extraña sensación de que se había movido a su aire, sin

obedecerla a ella. Quiso gritar pero ningún sonido salió de su garganta. Durante un rato lloró (sin lágrimas), pateó (imaginariamente), arrugó la cara (sin sentir que se formara ninguna arruga), volvió a gritar (en silencio) y cuando hubo intentado cada cosa una y otra vez, se sentó, agotada, sin que su cuerpo se agachara ni le importara ya demasiado a ella que lo hiciera o no. Jugó a que se sentaba.

—Ahora vamos a buscar a tu padre —volvió a decir la voz, como si hubiera permanecido todo el rato allí esperando a que estuviera cansada. Todo a su alrededor cambió y comenzó a moverse.

De un salto se encontró volando fuera del arbolar y cayendo en el cuidado jardín que lo rodeaba. Los demás arbolares, que se alzaban gigantescos hasta muchos kilómetros de altura, estaban muy descuidados en la parte de abajo, mucho más estropeados que como se veían desde su ventana. Algunos estaban marrones y apagados, o astillados, o las enormes raíces se les salían del suelo rompiendo las plantaciones. Se imaginó que la gente que vivía en los anillos bajos sólo los podrían estar usando de techo.

Comenzó a correr sin quererlo. Se desplazó muy rápido entre los troncos, que pasaban en un parpadeo. A pesar de eso pudo ver personas que se asomaban a las ventanas, pequeños rostros que la miraban, y muchos se escondían otra vez, aunque no podía imaginarse por qué. De vez en cuando se oían ruidos muy cerca. Era gente que le tiraba cosas. Como veía todo alrededor le era difícil distinguir si los objetos la golpeaban por la espalda o no, pero de cualquier manera se asustó mucho.

Siguió corriendo igual de rápido un rato. No notaba cansancio alguno, puesto que no notaba cuerpo alguno.

Tuvo la impresión de que iba exactamente hacia el lugar donde se hallaban las máquinas que daban comida, porque reconoció algunos arbolares que estaban en el camino. Parecía que lo estaba recordando bien esta vez, y se entristeció mucho de que no estuviera Morris allí para contárselo. Miró hacia el cielo para ver si su amigo había regresado a su casa y vio el sol entre las frondas lejanas sin dificultad (lo veía todo a la vez). Pensó que el cuello le iba a doler, pero entonces recordó que no podía sentir el cuello ni el peso de su cabeza encima.

Corrió, corrió, corrió. Pasó el parque. Pasó el grupo de arbolares rojos. Subió una colina y finalmente llegó junto al que se levantaba grande y seco.

Se detuvo. Respiró el aire, sin sentirlo, pero imaginó que se llenaba de él; el mismo que agitaba la hierba bajo ella suavemente.

A pocos pasos estaban los restos de un gran nudo de fabricación de las Raíces Savia. Negro, desgajado y medio desenterrado, hacía mucho que había ardiendo. Se acercó y lo examinó, y al instante supo que ella había sido quien lo había roto.

Pero cómo podía ser eso posible si ella era sólo una niña y era la primera vez que lo veía en ese estado...

Luego la distrajo un brillo intenso que venía de mucho más allá, a un par de colinas de distancia, desde una cima rocosa que superaba en altura a los arboles más altos de la región. Creyó que su corazón palpitaba más fuerte (aunque fuera mentira) al distinguir allí el Puerto Cincuenta y Cuatro, al que su padre la había llevado de visita cuando era más pequeña. Luego se sintió triste porque, aunque no estuviera tan negro y tan roto como el nudo de fabricación, se veía aplastado y vacío, con muchas vigas apuntando al aire y un par de cohetes de recolección bien grandes esparcidos por las pistas como si hubieran sido pisoteados o mordidos por algún gigante o hubieran rebotado contra el asteroide al que iban a cargar, cayendo de vuelta a la Tierra.

También eso lo había hecho ella.

¡Pero era imposible!

Pero sí, estaba hecho.

De nuevo, duraron poco esos pensamientos. Volvió a distraerse cuando su cuerpo caminó despacio hacia unas máquinas que había cerca del nudo de fabricación quemado, cuidadosamente ordenadas. Eran cajas plateadas y muy limpias, tanto como cuando habían sido instaladas por los robots que habían construido la Telaraña (¿cómo sabía ella eso?). Zumbaban suavemente. Las recordaba de cuando su padre la había llevado allí a buscar comida, aunque entonces le habían parecido más grandes; se sorprendió, de hecho, de la cantidad de detalles que recordaba: pequeños tubos, planchas que se movían para dejar pasar los paquetes de alimentos, mecanismos internos que sintetizaban y preservaban, los garfios que las clavaban a la tierra...

No había nadie en los alrededores. Las personas que hubiera habido allí recogiendo comida habrían huido al llegar ella.

Se sintió terriblemente cansada. No de cuerpo, sino de mente. Sentía los pensamientos espesos y pesados. Llevaba confusa mucho rato y estaba harta. Aquel juego era muy difícil.

—Busca a tu padre, Beatriz —irrumpió de nuevo la voz. Y a pesar de que quería con todas sus fuerzas irse de allí, comenzó a desplazarse por los alrededores buscando minuciosamente mientras observaba llena de miedo y de impotencia cómo no podía dejar de hacerlo.

Entonces, una explosión.

Cayó de bruces sobre el suelo (es decir, vio el suelo venir hacia ella a toda velocidad, pero no sintió ni el golpe ni la onda expansiva... ¿qué era una onda expansiva, que sabía perfectamente lo que era pero en realidad no podía saberlo?). Como lo seguía viendo todo,

también vio que detrás de ella había una humareda y aún caía una lluvia de partículas de tierra, hierba y raíces producto de la explosión. Habían usado un explosivo semivivo, seguramente nanoflagro, que era de lo poco de que disponían en la Tierra después de que fueran destruidas las fábricas en todo el planeta, como ella misma y sus hermanos robots habían hecho durante los últimos años.

Entonces todo lo que veía desapareció. Excepto unos pocos hombres y mujeres, y algún pseudoanimal, que se habían ocultado entre la niebla de la explosión para acercarse hasta ella y atacarla por la espalda. Se trataba de un grupo de la resistencia a la Telaraña. Ahora aparecían recortados en su visión, como si fueran muñecos de vivos colores hechos de pasta gestalt.

Su cuerpo saltó hacia atrás de una manera tan brusca que se mareó (tuvo que aguantarse las ganas de vomitar hasta que se dio cuenta de que nunca vomitaría, porque era sólo una ilusión). Cuando hubo caído ágilmente detrás de los que se le habían estado acercando, la voz dijo de nuevo:

—Busca a tu padre, Beatriz.

Pero ella no sabía distinguir a su padre de espaldas entre esa gente. Entonces se encontró lanzando a los pseudoanimales a un lado mientras gruñían, rugían, y algunos le gritaban frases cortas llenas de rabia. Cogió a las personas y las arrastró (gritaban, pero no podían hacer nada) y les giró la cabeza a la fuerza. Les estaba haciendo daño, pero no podía dejar de hacerlo. Los ojos se les abrían como platos cuando su rostro se acercaba al de ellos, les temblaban las mandíbulas, se les cortaba la voz o no podían dejar de chillar (en cualquier caso no controlaban sus voces de puro miedo, algo parecido a lo que le pasaba a ella, que era incapaz de controlar qué hacía su cuerpo). Beatriz examinaba un instante a cada uno y luego lo descartaba para buscar a otro, todo tan rápido que ninguno tenía tiempo de escapar a su escrutinio. Ni siquiera los pseudoanimales podían revolverse y atacarla de nuevo. Apenas podrían verla, de hecho, si se estaba moviendo a esa velocidad entre ellos.

Al coger del hombro a uno y darle la vuelta (creyó oír algún crujido dentro de ese cuerpo) Beatriz gritó, y el mundo pareció detenerse.

Su padre la miraba como los demás, pero sus ojos marrones no sólo reflejaban terror y desconcierto. Había algo más, amargo y terrible.

Ese algo creció y le hizo sentir que perdía el control de su propia mente, siendo sustituida por otra cosa. Esa cosa se le aferró dentro como un garfio de atraque de cien toneladas, como el chirrido de un crucero luz robótico cuando se acercaba hasta tocar las naves enemigas para forzar el combate cuerpo a cuerpo, como la visión de la flota robot entera entrelazándose con las naves orgánicas de las Víboras de las Formas en los confines del

sistema solar, el último refugio que las máquinas habían encontrado, cerca de donde habían nacido, en la órbita de la Tierra.

Beatriz estaba muy lejos de saber cómo conocía todas esas cosas, pero de alguna manera todo ello formaba parte de su experiencia.

El rostro de su padre se desencajó.

Ella dejó de verlo, porque en su lugar sus pesadillas retornaron en forma de alucinación imposible (quizás como mecanismo de defensa para alejarla del dolor): la cara que la enfrentaba dejó de ser la de su padre y se alargó y se agrandó, y se cubrió de una costra quitinosa, y una Víbora llena de espolones, articulaciones absurdas y garfios que fintaban a uno y otro lado tomó su lugar. (Sabía que aquella ilusión era para evitarle el dolor, sabía que era para evitarle el dolor...). La bicha imaginaria comenzó a gritar inhumanamente entre sus fuertes brazos, porque sabía que iba a morir a manos de uno de los robots contra quienes su especie luchaba entre las estrellas desde hacía siglos.

Cuando la Víbora estuvo muerta, Beatriz se dio cuenta de que aunque había sido ella quien la matara (sus brazos estaban cubiertos de un líquido viscoso, como suero desnaturalizado, y fragmentos de caparazón, pero sorprendentemente todo eso iba desapareciendo y dejando sólo lo real: el color de la sangre y la textura de la carne humana), no había sido ella en realidad, ni su padre era una Víbora ni tenía nada que ver con ellas. De hecho, había matado a su padre, no a una bicha, como parte de un plan robótico. Porque su padre tenía conocimientos suficientes con los que la humanidad podría alcanzar de nuevo el espacio, y eso no podía permitirse.

—Ya hemos terminado —dijo la voz de dentro.

No escuchó. La efímera certeza de haber matado a su padre se comenzaba a difuminar porque lo que estaba dentro de ella pero que no era ella se iba alejando por fin, dejándola más sola que nunca, y poco a poco sólo quedó la niña pequeña, y los abrumadores conocimientos que la habían llenado hasta ese momento se iban cayendo de tan frágiles asideros, y así, después de ellos, se desvaneció todo.

—Despierta, Beatriz —dijo Morris agitándola suavemente.

Beatriz se hizo la remolona un poco más. Sentía el calor del sol en la cara, pero quería dormir porque se sentía muy cansada.

—Beatriz...

Abrió los ojos. El robot negro estaba de cuclillas ante ella. Sus arañazos rojos palpitaban suavemente. El cuerpo estaba manchado de tierra y hierba y costras marrones y grises.

Miró alrededor. Estaban en su arbolar.

—He tenido una pesadilla —dijo, y se puso a llorar abrazada a su amigo. Se imaginó que podría estar llorando para siempre, porque aunque no recordaba en ese momento nada de la pesadilla, sabía que había sido terrible.

—No llores, Beatriz —dijo el robot, casi ronroneando. Pero luego se levantó —. He de irme ya.

—¡No! —Beatriz lloró aún más fuerte, con el corazón de repente tan encogido que nunca lo había tenido así.

—Debe ser antes de que empieces a recordar, Beatriz. Debes poder odiarme por irme, para odiarme después por todo lo demás. Si me quedo, no será tan sencillo.

Beatriz no entendía nada. Sólo deseaba que su amigo Morris se quedara con ella para siempre, o hasta que se hiciera mayor y le pusieran el ángel en el cuello.

El robot se encorvó para no tropezar con el techo del arbolar, y luego se alejó hacia la salida. Beatriz corrió detrás.

—¡No te vayas!

Le parecía estúpido gritarle, pero le daba igual ser estúpida. El robot siguió caminando imperturbable. La pared se encogió y su figura enorme desapareció de allí.

Unos minutos después, Beatriz comenzó a recordar.

© Juan Antonio Fernández Madrigal